

encontramos que á la calle
donde viviera aquel negro
le llamaban « del Esclavo »,
(guarda el nombre en nuestro tiempo)
no sé si para memoria
de aquel acontecimiento.

Y exhalando hondo suspiro
el asistente Robledo,
mirándome con fijeza
agregó con triste acento:
— « ¡Cómo han cambiado las cosas!
¡Cómo han cambiado los tiempos!
¡Cómo es grande y admirable
y heroico el señor Morelos!
Su carácter, su bravura,
su intrepidez y su genio,
daban siempre á sus soldados
inolvidables ejemplos.
¡Con razón me falta fuerza!
Ya con jefes como aquellos,
sólo pasaré revista
de presente, allá en el cielo ».

EL CACAHUATAL DE SAN PABLO

« ECHEN MÁS LEÑA, QUE MI DINERO ME CUESTA »

LEYENDA HISTÓRICA

I

Casi mediando por filo
el siglo décimo sexto,
pues sólo faltaba un año
para diez lustros completos,
un pregón del Santo Oficio
puso en gran alarma á Méjico
asombrando á la nobleza
y á la plebe dando miedo.
Iban á ser conducidos
con gran pompa al Quemadero
más de cien penitenciados,
de grandes crímenes reos.

Herejes y judaizantes,
desde largo tiempo presos,
y firmes en las doctrinas
de Moisés y de Lutero,
de sus terribles sentencias
fijado el lúgubre término,

pronto como relajados
 iban á ser un ejemplo,
 una sagrada enseñanza,
 prueba, verdad y escarmiento
 de que los hijos del diablo
 deben morir en el fuego.
 Alzáronse inmensas piras
 sobre aquel lugar siniestro,
 donde hallamos una plaza
 de mercado, en nuestros tiempos,
 al lado sur del Palacio
 donde reside el Gobierno.
 Cansáronse muchos hombres,
 gastóse mucho dinero
 en los mil preparativos
 del auto de fe más negro
 que la Inquisición registra
 en su historia en nuestro suelo.

Y corrió de boca en boca,
 jurando todos ser cierto,
 que ordenaba el Santo Oficio
 que desde el conde al pechero
 revistieran las fachadas
 de sus propios aposentos
 con todo lo que mostrase
 aflicción, terror y duelo.

Que en balcones y ventanas
 de las casas del trayecto,
 que recorrer deberían
 hasta el suplicio los reos,
 se pusieran crucifijos
 con verdes ceras ardiendo;
 lazos y cortinas negras,
 ramas de ciprés con heno
 y por únicos adornos
 los atributos más tétricos

de estatuas y de retablos
 en tumbas y cementerios.

Que al pasar la comitiva,
 con numeroso cortejo
 de inquisidores y jueces
 y de verdugos y pueblo;
 ninguno hablara en voz alta
 para no ofender al cielo,
 y que de todas las bocas
 salieran fervientes rezos,
 para así atenuar un tanto
 la suerte de los confesos.

Que era obligación de todos
 rezar contritos el Credo
 y repetirlo las veces
 que les permitiera el tiempo
 que tardaran en cambiarse
 en cenizas los incrédulos.

Por último el Santo Oficio,
 á nobles como á plebeyos,
 ordenaba que llevasen
 en torno del Quemadero
 á sus esposas é hijos,
 para tomar escarmiento
 de cómo padece y muere
 y causa terror un réprobo.

Y les previno asimismo
 que aquel que por sentimiento,
 por compasión ó ternura
 en instantes tan supremos
 solicitara clemencia
 ó indulto para los reos,
 á las terribles hogueras
 fuera arrojado con éstos.

Y se mandó que ninguna

de las gentes de este Reino
 pudiera asistir al auto
 ni conocer á los reos
 sin haber en su parroquia
 cumplido los sacramentos
 que lavan de toda culpa
 y curan de todo yerro.

Con tan graves prescripciones
 los habitantes de Méjico
 esperaban el instante
 en que un castigo tremendo
 iba á cumplirse, llevando
 cien hombres al Quemadero.

II

« No hay plazo que no se cumpla »,
 dice un sabido proverbio,
 y al fin llegó la alborada
 que ansioso esperaba el pueblo.

Dentro de las tristes celdas
 á los infelices reos
 sus verdugos de rodillas
 estas cosas les dijeron :
 « Nosotros, que vuestras vidas
 por mandato cortaremos,
 vuestro perdón demandamos
 en nombre del Juez Supremo,
 á quien también le pedimos
 que os liberte del infierno ».

Y esta fórmula cumplida
 visten con hoga á los presos,
 y los disponen y alistan
 para caminar al fuego.

Entre todos, allí estaba
 ocupando el primer puesto

un judaizante muy rico
 y de carácter de hierro.
 Contaban propios y extraños,
 en público y en secreto,
 que vino á la Nueva España
 á dedicarse al comercio.

Construyó un amplio palacio
 un tanto churrigueresco,
 en el barrio más distante
 de la capital del reino.
 Y arregló en el piso bajo
 una casa de comercio
 con dos puertas, de las cuales
 una tuvo el privilegio
 de que si entraba por ella
 un comprador forastero,
 sacaba, sin explicárselo,
 más baratos los efectos.

Así vivió sin zozobras
 el mercader mucho tiempo,
 y le debió á una desgracia
 turbar tan dulce sosiego.

Tuvo entre su servidumbre
 á una mujer, á quien dieron
 orden de que investigase
 de aquel hombre los secretos ;
 y ella, astuta y maliciosa,
 y fanática en extremo,
 llegaba noche por noche
 junto á la alcoba del dueño,
 y no lo vió santiguarse
 ni le escuchó ningún rezo,
 pero sí notó que siempre
 se escuchaban raros ecos
 de golpes, como si diera
 azotes en algún cuerpo ;

miró por la cerradura
y vió con asombro inmenso,
quel aquel hombre fustigaba
con un rebenque de cuero
á un Niño Jesús, desnudo
y tendido sobre el suelo.

Le dió parte á la justicia
y no pasó mucho tiempo
sin que al hereje encontrara
el inquisidor Aldeño,
dando golpes á la imagen
del Principe de los Cielos.

Registrada aquella casa,
encontraron que el hebreo
en una de las dos puertas
de su casa de comercio,
enterró dos crucifijos
y formaba su contento
vender al que los pisaba
más baratos los efectos.

Por crímenes tan terribles,
por tan grandes sacrilegios,
sentenció el Santo Oficio
á ser arrojado al fuego,
con *coroza* en la cabeza
y *sambenito* en el cuerpo,
conducido en una mula,
montado en sentido inverso,
con el rostro hacia la cola,
custodiado por dos negros.

Y que después de quemado,
para enseñanza del pueblo,
se esparcieran sus cenizas
en alto á los cuatro vientos,
confiscándose sus bienes,

su habitación maldiciendo,
regando con sal y lumbre
los muros y los cimientos
y condenando á sus hijos
á calabozo perpetuo!

III

Cuentan viejos pergaminos
que el excomulgado reo,
cuando al suplicio marchaba
daba pavor por blasfemo,
y que la mula elegida
para conducir su cuerpo
se encabritó tantas veces
que dió con él en el suelo;
y temiéndose que vivo
no llegara al Quemadero,
ordenaron que subiera
para sujetarlo un negro,
que lo estrechó entre sus brazos
en gran parte del trayecto.

El pueblo que contemplaba
tan espantosos sucesos,
sin explicarse el motivo
dijo para sus adentros:
« Este hereje lleva al diablo
tan bien metido en el cuerpo,
que ni la mula lo aguanta
para no ofender al cielo ».

Por ventanas y balcones
en vez de salmos y rezos,
le arrojaban anatemas,
maldiciones y denuestos;
y como era mes de julio
en que siempre llueve en Méjico,

y estaba el cielo nublado
y nada agradable el cierzo,
las gentes se sospechaban
que por no ver al blasfemo,
entre cenicientas nubes
permaneció el sol envuelto.
Así al horrible suplicio
llegaron á pasos lentos
más de cien excomulgados,
todos firmes y confesos.

Tocó el turno al israelita
que fué entre todos aquellos
el primer quemado vivo
por sus grandes sacrilegios.
Y dicen que al verse atado
al tosco mástil de hierro
y cuando ya lo envolvían
las rojas lenguas del fuego,
les gritaba á los verdugos
con tosco y rabioso acento :
« Echen más leña, infelices,
que me cuesta mi dinero ».

IV

Han transcurrido dos siglos
y aun está de pie y entero
el palacio en que habitara
el infortunado reo.

Llamóse Tomás Tremiño :
no murió joven ni viejo
y fué de carácter firme
y de condición discreto.

No se ha borrado su nombre
de la memoria del pueblo,
porque siempre el infortunio

del cristiano y del hebreo
hace palpar llorando
á los corazones buenos.
Y se encomia y se bendice
y se aplaude con anhelo
la dicha de haber nacido
con la razón y el derecho
y sin hogueras que forjen
los grillos del pensamiento.

LA CALLE DE LA CADENA

Aun estaba conmovido
el bajo pueblo de Anáhuac
recordando el fin postrero
de los dos hermanos Ávila;

aun al cruzar por las noches
la anchurosa y triste plaza,
al mirar en pie las horcas
las gentes se santiguaban;

y aun en algunos conventos
rezábanse las plegarias
á fin de que los difuntos
lograsen salvar sus almas;

cuando un pregón le decía
á la curiosa canalla
que por atroces delitos,
que por pudor se callaban,

iba á ser ajusticiado
por voluntad del monarca
un negro recién venido
con un noble á Nueva España.

Como se anunció la fecha
la gente acudió á la plaza,
en tal número y desorden
que un turbión asemejaba,

porque en los terribles casos
en que la justicia mata

la humanidad se desvive
por mostrar que no es humana.

Desde que lució la aurora
acudió la gente en masa
y muchos allí durmieron
esperando la mañana.

Mirábanse á los verdugos
que el cadalso custodiaban
ya con los rostros cubiertos
con una insultante máscara.

El sol estaba muy alto,
la gente con vivas ansias,
los verdugos en acecho,
y los soldados en guardia;

y ninguno suponía
que el acto aquel se frustrara
cuando de mirar al reo
perdieron las esperanzas.

De pronto, á galope llega
un dragón junto á las tablas
del cadalso, y con alguno
de los centinelas habla.

Los verdugos, para oírlo
descienden la escalinata,
y corre un rumor que anuncia
que la ejecución se aplaza.

El toque de los clarines
pronto anuncia retirada,
y en diversas direcciones
plebe y soldados se marchan.

Hay disgusto en los semblantes
de mozelas y beatas,
pues como á ninguno ahorcaron
han perdido la mañana.

Y se resienten de verse
por el Pregón engañadas,
y viendo solo el cadalso,
rezan, murmuran y charlan.

Los curiosos insistentes
que averiguaron la causa
del retardo, al fin descubren
lo que nadie se explicaba.

Cuentan que trayendo al negro
de San Lázaro á la plaza,
cuando apenas por oriente
se vislumbró la mañana,

cercado por alguaciles
y por mucha gente armada,
bebiéndose de amargura
sus propias, ardientes lágrimas,

con voz fúnebre pidiendo
que hicieran bien por su alma,
un sacerdote entregado
á cumplir siempre estas mandas;

mirando á todas las gentes
en balcones y ventanas
darle el adiós postrimero
entre llantos y plegarias.

El negro que parecía
de susto no tener alma,
cruzó por una calleja
tan angosta como larga,

donde entre humildes jacales
surgía como un alcázar
un caserón de tezontle
con paredes almenadas,

con toscas rejas de hierro
en forma de antiguas lanzas,

con canales cual cañones
que el alto muro artillaban

y bajo el vetusto escudo
de ininteligible heráldica
un ancho portón forrado
de gruesas y oscuras láminas;

teniendo como atributo
que las gentes veneraban,
una cadena de acero
burda, negra, tosca y larga.

Con sus ojos que vertían
raudales de vivas llamas
mira el negro de soslayo
aquella ostentosa casa,

y sin que evitarlo puedan
los cien que lo custodiaban,
tan ligero como un rayo
del centro se les escapa,

gana de un salto la acera,
se arrodilla en la portada
y cogiendo la cadena
en las dos manos, con ansia

grita con voz que parece
un rugido: « ¡ Pido gracia !
¡ Pido gracia á la nobleza
de nuestro amado monarca ! »

Y corchetes y alguaciles
y arcabuceros y guardias
se quedaron asombrados
y sin responder palabra.

Porque sabido de todos
era que en aquella casa
vivía un señor de abolengo
entre los grandes de España,

que por fuero de linaje
en sus títulos estaba
tener cadena en su puerta
y pendón en la fachada.

El reo que esa cadena,
por su fortuna tocara
al marchar para el cadalso,
de la muerte se libraba.

Y el negro, que esto sabía,
tuvo la fortuna extraña
de alcanzar tal privilegio
que otro ninguno lograra.

Mirando lo sucedido,
nobles, corchetes y guardias,
con gran susto de la escena
no siguieron á la plaza,

pues tornaron al presidio
la víctima afortunada;
al Virrey le dieron parte
y todo quedóse en calma.

Hoy sólo existen los muros
de la mansión legendaria,
sin huellas de las almenas
ni escudo de la portada.

Y dicen los que lo saben,
doctos en antiguas causas,
que la angosta callejuela
« de la Cadena » hoy se llama.

LA CALLE DE XICOTENCATL

Á MI MUY QUERIDO AMIGO RAMÓN MURGUÍA

I

Cuando al formidable empuje
de la justicia del pueblo,
el joven príncipe Hapsburgo
subió al cadalso en Querétaro,

al recoger su cadáver
sobre el memorable cerro
en cuyas peñas abruptas
saltó en astillas un cetro,

se ordenó que embalsamaran
los inanimados restos,
por si en la tierra nativa
les daban tumba sus deudos.

Y era de mirarse el cuadro
grave, imponente y siniestro,
que por su humilde grandeza
no olvidan los que lo vieron.

Sobre la bruñida plancha
tendido el desnudo cuerpo,

plumón de cisne en lo blanco,
marmórea estatua en lo yerto;

abierta la barba rubia
en dos gajos sobre el pecho;
cual turquesas empañadas
los tristes ojos abiertos.

Surcando azulosas venas
la frente de marfil terso,
mostrando en ligeros surcos
congelado el pensamiento.

Lacio tocando la piedra
el áureo escaso cabello,
alisado en otros años
por manos que están muy lejos.

Rojas, profundas heridas
dispersadas en el pecho,
por donde entraron las balas
y se escaparon los sueños.

Inertes los largos brazos,
como abandonados remos,
y en las manos insensibles
algo crispados los dedos.

En las piernas las señales
de haber mantenido el cuerpo
largas horas sobre el ágil
corcel de los campamentos.

Y en el extraño conjunto
despertando los recuerdos
de Rubens, cuando pintara
á Cristo desnudo y muerto.

II

En una ciudad que ha sido
por muchos meses el centro

de encarnizados y horribles
combates á sangre y fuego,

por más que sobró pericia
no abundaron elementos
para sin tacha ninguna
ungir el cadáver regio,

y á reparar menoscabos
trajéronlo pronto á Méjico,
sobre los frescos escombros
del ya desplomado imperio.

En tierra de Moctezuma
el príncipe entró de nuevo,
no sobre augusta carroza,
sino encerrado en un féretro.

De nuestra ciudad las llaves
ninguno le dió á su encuentro,
ni su retorno anunciaron
los heraldos palaciegos.

En las sombras de la noche,
por rudas tablas cubierto,
sin ser por nadie esperado
y sin visible cortejo,

entró en vetusta capilla
el ataúd, pobre y negro,
y en tosca mesa de pino
quedó en solemne aislamiento.

Una lámpara que ardía
toda la noche en el templo,
lanzaba sobre la caja
su fulgor amarillento,

y en las elevadas bóvedas,
como tristes agoreros,
con sus fúnebres graznidos
se quejaban los mochuelos.

Las místicas esculturas
semejaban con su aspecto,
dolientes que acompañaran
la soledad de aquel cuerpo.

Sobre el ataúd cernían
su augusto, impalpable vuelo,
los fantasmas de otros mundos
que en otros siglos vivieron :

Carlos Quinto, con sus pompas
de un sol sin ocaso dueño,
surgió con su egregia Corte
para velar á su nieto.

La noble María Teresa
con sus infinitos duelos,
en la frente del Hapsburgo
depositó helado beso.

Sola estaba la capilla,
solo el misterioso féretro,
solos los tristes altares
de aquel recinto severo,

y dentro de aquella caja,
solo y rígido durmiendo
un soñador de treinta años
fatua luz de un breve imperio.

Allá detrás de los mares
solo, el castillo risueño
que el Mediterráneo baña
con ondas de azul sereno.

Sola, en el antiguo mundo,
loca de amargura y duelo,
la esposa joven y hermosa,
que en vano espera á su dueño ;

y fuera de la capilla,
en una calle de Méjico

que de San Andrés se llama
y donde estaba aquel templo,

la indolente muchedumbre,
sin pensar en el rey muerto,
elevaba los cantares
de un rey inmortal: el pueblo.

Al par que *mamá Carlota*
se cantaban los Cangrejos,
y alzando hossanas á Juárez
daban vivas á Escobedo.

Era muy negra la noche,
era muy lúgubre el viento,
la ciudad aun no salía
de los espasmos del miedo.

Y allí estaba aquel cadáver,
limpia la faz, roto el pecho,
como una lección terrible,
como un inmortal ejemplo,

de que la ambición engaña,
de que deslumbra el ensueño
y de que fué una tragedia
lo que se llamó un imperio.

Yo era muy joven, muy joven,
y el corazón en mi pecho
lloraba la dura ausencia
de mi único Dios terreno ;

de mi padre, que ni un día
mientras que tuvo un aliento,
dejó, con honda amargura,
de llorar por aquel muerto.

III

El sabio á quien encargóse
el nuevo embalsamamiento,

era del ilustre Juárez
al par que amigo su médico.

No bien con expertas manos
ligó los inertes miembros,
dejó, por secar las vendas,
suspendido al aire el cuerpo.

Pendiente de los dos hombros
en un arco de aquel templo,
y con los ojos de esmalte
retando al abismo negro ;

solo quedó el soberano,
rígido como de acero,
con olorosos barnices
mojando á sus pies el suelo.

Y cuentan que en una noche
á Juárez dijo su médico,
mas bien que en tono de súplica
en son de dulce consejo :

« No quiero encerrar al príncipe
para siempre en otro féretro
antes de que, de mi brazo
vayáis vos á conocerlo ».

Y Juárez cedió á la oferta,
y esa noche, en el silencio
llegó al misterioso sitio
conversando á paso lento.

Dos lámparas encendidas
mal alumbraban el templo
y en la penumbra del fondo
se destacaba aquel muerto.

Aviváronse las luces
y bañó un fulgor intenso
el rostro color de cera
con ojos color de cielo.

Juárez se acercó impassible
en holgada capa envuelto,
sin dar señales ningunas
de angustia ó desasosiego.

Y de pie frente al cadáver
clavó en él sus ojos negros
y se lo quedó mirando
con un semblante de hierro.

Un diálogo sin palabras
se entabló en aquel momento
entre el rey ajusticiado
y el justiciero de un pueblo.

Una parvada invisible
de profundos pensamientos
de la frente de aquel vivo
voló á la frente del muerto.

Mas no se turbó su rostro,
ni sus labios se movieron,
ni cruzó por sus pupilas
rayo de placer ó duelo.

Y después de haber estado
contemplándolo en silencio :
« Ya lo vi — dijo en voz baja,
el vendaje aun no está seco ».

Y tomando por el brazo,
cual de costumbre á su médico,
sin hablar de aquella escena
salió de allí á paso lento.

.

La eternidad insondable
quedó tras él en el templo
y ella oyó el diálogo mudo
de aquel vivo y aquel muerto.

IV

Pasados breves los meses
y á sus patrios lares vuelto,
el príncipe infortunado,
sin corona y sin aliento ;

conmemorando su muerte
en junio, en el mismo templo,
congregáronse á llorarlo
no pocos de sus adeptos.

Escándalo semejante
despertó en aquellos tiempos
tempestad de desazones
y amargos resentimientos.

Y en masónico banquete,
en un solsticio de invierno,
frente del ilustre Juárez
y ante un auditorio inmenso,

un liberal de renombre
y de carácter enérgico,
adalid de la Reforma
y hombre de acción y talento,

pidió, sin temor á nadie,
que se derribara el templo,
poniendo manos á la obra
en aquel mismo momento ;

y dos horas no pasaron
sin que con extraño estruendo
las piedras se desgranaran
del muro al golpe del hierro.

Derribada la capilla,
se abrió la calle que hoy vemos
« de Xicotencatl » llamada
en honor de un héroe egregio.

EL CALLEJÓN DE SAL SI PUEDES

I

Alma del alma, ángel mío
tarde llego.

— ¿ No me extrañas ?

— Sí, cuando no te contemplo
mis horas son muy amargas.

— ¿ Faltarás á tu promesa ?

— Nunca he mentado á una dama
ni menos á ti que formas
el sol de mis esperanzas.

— Es Lope que si te olvidas
y no vienes y me engañas
me moriré de tristeza,
pues te adoro con el alma.

— ¿ Estás decidida ?

— Á todo.

— ¿ Á nada temes ?

— Á nada.

— Nos perseguirán.

— No importa.

— Está bien ; rayando el alba
en San José nos veremos.

— Ya te empené mi palabra.

— Vas á dejar todo.

— Todo.

Contigo nada me falta.

- Á las cinco.
 — Sí : á las cinco.
 — Adiós, Lope.
 — Adiós, mi Blanca.
 — No me olvides.
 — Ni un instante.
 — Te dejo al partir el alma,
 pero vendré á recogerla...
 al despuntar la mañana.

Cerca de la media noche
 cruzaron estas palabras
 en obscura callejuela
 estrecha y abandonada,
 una encubierta y un hombre
 embozado en negra capa;
 él de pie sobre la acera;
 ella de pie en la ventana.

Era la noche tan negra
 que sus tinieblas cegaban
 y como por aquel tiempo,
 en aquel año de gracia
 de mil setecientos ocho
 ningún noble acostumbraba,
 en la ciudad que fué corte
 y orgullo de Nueva España,
 por tan humildes suburbios
 andar en horas tan altas,
 ni menos en arrabales
 tan cercanos á la Traza,
 el doncel y la doncella
 no observaron cuando hablaban
 que recatado en las sombras,
 inmóvil como una estatua,
 sin perder un solo acento
 un hombre oyó sus palabras.

II

Después de la despedida
 el balcón cerró la dama
 y los pasos de su amante
 perdiéronse en la distancia.
 El lugar de aquella escena,
 por tétrico intimidaba,
 y aun después de siglo y medio
 su triste aspecto no cambia.
 Frente á la extensa Alameda,
 en la rica y dilatada
 avenida, ayer tan triste
 y hoy tan lujosa y tan amplia,
 vese un callejón antiguo,
 que de los Dolores llaman,
 y rumbo al sur se prolonga
 en otro estrecho, sin nada
 que denuncie lo habitasen
 gente de fuero y prosapia.
 En tan angosta calleja
 antaño existió una zanja,
 con tosco puente que el pueblo
Del Santísimo llamaban.
 Era todo aquel conjunto
 una débil semejanza
 de los suburbios moriscos
 de Córdoba ó de Granada.
 Y en una de las aceras,
 como hundida entre las casas,
 una callejuela sucia,
 pavorosa encrucijada
 donde aconteció el suceso
 que este romance relata
 y la cual en nuestros días
 está igual que como estaba.

III

Como lánguidos gemidos
 que en las tinieblas exhálan
 los espectros de la noche
 cuando en los aires cabalgan,
 de la torre se escaparon
 cuatro lentas campanadas.
 A poco en el horizonte
 brilló como inmensa lágrima,
 esa estrella precursora
 de las cariciás del alba,
 y más tarde los volcanes
 tinéronse en oro y grana,
 y la errante golondrina
 comenzó su eterna charla.
 ¡Qué amanecer tan sereno!
 ¡Qué luz tan radiante y clara!
 ¡Qué hermoso el sol cuando surge
 tras las azules montañas!

Ya no hay sombras en la angosta
 callejuela solitaria,
 en cuyo fondo al abrirse
 cruje una puerta pesada.
 Envuelta en obscuras tocas
 una misteriosa dama
 va á salir rumbo á la iglesia
 en que su amante la aguarda,
 y saliera á no impedirle
 el paso con gran audacia
 un hombre, que ardiendo en celos,
 le dirige estas palabras :
 — Detente, Blanca, detente,
 ni un paso más, que me matas;
 toda la noche he velado
 debajo de tu ventana;

nada ignoro, todo he oído,
 y te adoro con el alma ;
 torna á tu alcoba tranquila
 que por aquí nadie pasa.
 — ¿Quién sois?

— ¿Y me lo preguntas?
 ¿ No me conoces ingrata?
 ¡ Tu sombra, tu misma sombra
 que á donde vas te acompaña !
 Si sabes lo que se sufre
 amando sin esperanza,
 comprenderás mis martirios
 y sospecharás mis ansias.
 — Dejadme, que estoy de prisa,
 dejad la salida franca.
 — Sé que vas en pos de Lope
 y el miserable te engaña,
 y te empeñas en seguirlo
 y así tu deshonra labras.
 — Pero, ¿ quién sois tan osado?
 — Un hombre que te idolatra
 y con su vida te ofrece
 pasión más limpia y más alta.
 — Dejadme el paso.

— Imposible.
 — Pues saldré — dijo con rabia
 la doncella, haciendo impulso
 de pisar la calle.

— Vanas
 serán esas tentativas.
 — Dejadme, dejadme.

— Calla ;
 mía serás para siempre,
 que fuerza y amor me bastan.
 — Primero muerta que vuestra.
 — Medita en esas palabras.
 — Dejadme salir que es tarde.

— ¡Tarde para ser burlada!
 — Y qué os importa, abrid paso.
 — Pues sal si puedes, ingrata.
 Y al decir esto, en el pecho
 con golpe veloz le clava
 entera toda la hoja
 de su daga toledana.
 Exhalando agudo grito
 cayó en el dintel la dama,
 y el matador impasible
 salió de la encrucijada
 y viendo al torcer la esquina
 el templo en que Lope estaba,
 — « Que la espere — dijo alegre —
 que en ir á verlo no tarda »,
 y tornando el rostro al sitio
 donde cometió su infamia
 murmuró : — « Lope te espera,
 sal si puedes doña Blanca ».

IV

En memoria de aquel lance,
 de tan mezquina venganza,
 la vetusta callejuela
 estrecha y abandonada,
 « Callejón de sal si puedes »
 hace un siglo que se llama,
 sin que los cronistas digan
 si el hecho es verdad ó fábula.

EL CALLEJÓN DE LA DANZA

Quando al golpe irresistible
 de la aventurera espada
 de Cortés, cayó el imperio
 esplendoroso de Anáhuac ;
 al fundirse en una sola
 la vieja y la nueva raza
 y mezclarse en una sangre
 la fe y el valor de España
 con la fe y el valor indio
 y la astucia con la audacia ;
 formóse al correr del tiempo
 una población extraña,
 crédula y supersticiosa,
 indiferente y fanática,
 de idólatras y devotos
 mezcla confusa y compacta.

Lo mismo acuden á misa
 al rayar la luz del alba
 y se arrodillan fervientes
 ante la Virgen sin mancha,
 como acuden con espanto
 á la obscura encrucijada
 donde les dicen que cruzan
 de noche negros fantasmas.

Lo mismo guardan piadosos
 una reliquia romana,

ó la medida del cuello
del Santo Señor de Chalma,
como esconden en los pliegues
del *ceñidor* ó la enagua
algún *chupamirto* muerto,
el colmillo de una *iguana*,
la semilla de algún fruto,
ó toscas piedras labradas
que fingen sapos, serpientes
y otras muchas alimañas.

Lo mismo besan devotos
un rosario y una estampa,
como besan la moneda
que roban, piden ó ganan.

Tiemblan lo mismo mirando
el dragón de negras alas
que al rey del profundo Averno
en viejos lienzos retrata,
como al ver á la lechuza
que en la noche sosegada
lanza fúnebres graznidos
sobre las torres más altas.

Y oyen lo mismo el consejo
que paz y bondad derrama
del misionero que llega
á bendecir su cabaña,
como la brutal conseja
ó la amenazante chanza
de los brujos y hechiceros
que son mengua de su raza.

Si ven de noche en los campos
volando entre las montañas
las chispas que por los aires
los hornos de carbón lanzan,
los juzgan brujas y duendes

que maleficios propalan
y á un tiempo rezan, blasfeman,
se santiguan y se embriagan.

De tan misteriosa urdimbre
es natural que brotaran
junto á vulgares consejas
suposiciones fantásticas,
y así como con respeto
en las edades pasadas
vió el pueblo á las pitonisas,
acogiendo sus palabras
como innegables axiomas
ó como sentencias santas,
así en el humilde pueblo
degenerado de Anáhuac
hay hechiceras, augures,
monstruos, duendes y fantasmas.

Ya una luz que brilla débil
en la miserable estancia,
les revela de dinero
alguna suma enterrada ;

ya el *saltapared* que silba
tres veces por la mañana,
les anuncia desazones,
enfermedad ó desgracia ;

ya el murciélago que cruza
cuando la tarde se apaga
algo negro les predice
con lo negro de sus alas ;

y si escuchan por la noche
gañendo junto á su casa
un perro, piensan que muere
un ser de los que más aman.

Si una mariposa negra
sus pobres chozas asalta,

la juzgan nuncio infalible
de alguna muerte cercana;
y para evitar á un niño
de las brujas la acechanza,
ponen al pie de la cuna,
ó en la estera en que descansan,
unas tijeras formando
una cruz, distinta y clara.

Temen al viernes, por viernes,
al *trece*, por ser de fama,
al martes, porque en tal día
nadie se casa ó se embarca;
al sábado por *judío*,
y con semejantes máximas,
pasan la vida sujetos
á horribles extravagancias.

Desatienden lo presente;
lo pasado les amarga
y no cuidan ni un momento
del ignorado mañana.

Por eso en este conjunto,
en esta mezcla de razas,
parece que fusionaron
su austera humildad Anáhuac,
sus tristezas el oriente,
su eterna indolencia el Asia,
y todo su fanatismo
y su gran valor, España.

Cuando la ciudad de Méjico
vió antiguos templos y casas
derribados á los golpes
de las españolas armas;
cuando sus mejores ídolos
y sus piedras consagradas
fueron cimientó del nuevo

templo de invasoras razas;
cuando ya estaban vacías
las cajas hechas de caña¹
en que guardaron los reyes
sus más costosas alhajas;
cuando no quedaba un resto
de la riqueza monárquica,
pues al viejo continente
á buen tiempo se mandaran
telas de vistosas plumas,
ricas esteras de palma
y simbólicos escudos
tallados en oro y plata,
se comenzó con denuedo,
con entusiasmo y constancia
á fabricar nuevas calles,
nuevos templos, nuevas casas.

Al apagarse la tarde
ninguna luz alumbraba
los andamios, los escombros,
las mutiladas estatuas,
y el conjunto parecía
en la extensión solitaria
al fulgor de las estrellas
que como antorchas brillaban,
inmensa tumba desierta,
cripta obscura y olvidada
escondiendo helados restos
de vasallos y monarcas.

Era de verse en las noches
en tan triste panorama,
el farolillo del noble,
las linternas empañadas
de corchetes y alguaciles

¹ Estas cajas se llamaban *Pellacalli*.